

EPIFANÍA DEL SEÑOR
S. I. Catedral, 6 de enero de 2009

+ Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander

Celebramos hoy la solemnidad de la Epifanía del Señor: la manifestación del Niño Dios a los pueblos de la gentilidad. Sin perder nada de la alegría popular; de la ilusión de los niños con los juguetes de los Reyes y de la nostalgia de los mayores... hemos de meditar en el misterio que hoy celebramos en la fe y en la liturgia.

¿Qué celebramos, hermanos?.- Nos lo dice el misal romano en la plegaria eucarística: *“Reunidos en comunión con toda la Iglesia para celebrar el día santo en que tu único Hijo, eterno como tú en la gloria, se manifestó en la verdad de nuestra carne, hecho hombre como nosotros...”*.

Dios ofrece su salvación a todos

La manifestación de la salvación de Dios en Cristo Jesús es la idea central de hoy. Las tres lecturas bíblicas, en perfecta unidad temática y en dinámica ascendente, afirman rotundamente la universalidad de la salvación de Dios por Cristo para todos los hombres y naciones.

La liturgia de este día se articula en torno a tres realidades y símbolos: una estrella; unos magos y un niño.

Una estrella

Símbolo de los signos que conducen a Dios. En la estrella podemos ver el anuncio del profeta Isaías en la 1ª lectura: la luz anunciada y prometida: “levántate, Jerusalén, que llega tu luz; la gloria del Señor llega sobre ti. Mira: las tinieblas cubren la tierra, la oscuridad, los pueblos, pero sobre ti amanecerá el Señor”.

Unos magos

Símbolo de los hombres que buscan; que averiguan los signos de los tiempos; que contrastan su saber con los demás; que salen de su vida instalada en la comodidad en busca de horizontes amplios y trascendentes. Por el contrario, el que todo lo sabe y todo lo tiene, se encierra en el castillo de su suficiencia, incapaz de preguntarse; de escudriñar estrellas más altas; de ir en busca de metas más lejanas.

Herodes, los sumos sacerdotes, los letrados no podían descubrir a Dios, que se presentaba fuera de sus esquemas. Estaban demasiado seguros de poseer a Dios, como para tener que salir en su busca.

Los magos, sí. Curiosamente, ellos que no pertenecían al pueblo de Israel, simbolizan al pueblo en espera, en necesidad, en limitación y en búsqueda de salvación. Los magos representaban la amplitud y la universalidad de esa salvación prometida por Dios en el texto del profeta Isaías: “Caminarán los pueblos a tu luz; los reyes al resplandor de tu aurora. Te inundará una multitud de camellos, los dromedarios de Madián y de Efá. Vienen todos de Saba, trayendo incienso y oro, y proclamando las alabanzas del Señor”. Es la cita bíblica que San Mateo y su comunidad recogen, para expresar la universalidad de la salvación de Dios, que trae el Niño nacido en Belén.

San Pablo (2ª lect.), el Apóstol de los gentiles, ante las reticencias de las comunidades judías para aceptar a los cristianos convertidos del paganismo, expresa abiertamente esta universalidad de la salvación: “Se me dio a conocer el misterio...revelado ahora por el Espíritu a sus santos apóstoles y profetas: que también los gentiles son coherederos, miembros del mismo cuerpo y partícipes de la promesa de Jesucristo, por le Evangelio”.

Un Niño: el Hijo de Dios

Los magos encontraron, después de mucho buscar y caminar, a un Niño: el Hijo de Dios. Lo adoraron, ofreciendo sus personas y sus dones: oro (como a rey); incienso (como a Dios) y mirra (como a hombre mortal).

A partir de ahí se transformaron y se convirtieron en misioneros de la alegría y del amor; en testigos de la gracia; en catequistas. Por eso hoy recordamos a los catequistas de los países de misión y al Seminario de Misiones Extranjeras, para que sean mensajeros del Evangelio de Jesucristo por todos los pueblos de la tierra. Hoy es un día para hacer crecer la conciencia de nuestra dimensión misionera y universal.

Si los creyentes no somos manifestación del Dios que es amor y fraternidad, justicia y libertad, esperanza y solidaridad, especialmente con los más pobres, falla nuestra vida cristiana y nuestro seguimiento de Cristo. Todo en nosotros los cristianos debe ser revelación de Dios, cuya visibilidad para el mundo pasa hoy por el testimonio evangelizador de los discípulos de Jesús, puesto que Él se hace presente entre los hombres a través de nuestra vida y testimonio. Somos sus imágenes y sus sacramentos. Si nuestra sal se vuelve sosa, si nuestra levadura está muerta, si nuestra luz está apagada, ¿cómo serán visibles el rostro y los rasgos de Dios?. El hombre de hoy que busca a Dios no va a encontrarlo en las estrellas, sino a través del testimonio de quienes lo han encontrado, lo han visto y creen en Él. Nuestro cometido cristiano es ser testigos de lo invisible y de la luz de Cristo, haciendo presente a Dios entre los hombres, siendo sal de la tierra, luz del mundo y levadura en la masa

Conclusión: En esta celebración eucarística, en la que estamos participando, Cristo hace realidad plena aquella misma Epifanía a los magos, que conmemoramos en esta fiesta. Que nuestro encuentro con Él sea también pleno: con la misma fe en búsqueda; la misma fe en camino; y la misma fe disponible y generosa, misionera y universal. ¡Feliz Epifanía del Señor y fiesta de los Santos Reyes!.